



CAPÍTULO XXXI.

Que trata de muchas y grandes cosas.

SUMA era la alegría que llevaba consigo Sancho, viéndose á su parecer en privanza con la Duquesa, porque se le figuraba que habia de hallar en su castillo lo que en la casa de Don Diego y en la de Basilio, siempre aficionado á la buena vida, y así tomaba la ocasion por la melena en esto del regalar-se cada y cuando que se le ofrecia. Cuenta, pues, la historia, que antes que á la casa de placer ó castillo llegasen, se adelantó el Duque y dió orden á todos sus criados del modo que habian de tratar á Don Quijote, el cual como llegó con la Duquesa á las puertas del castillo, al instante salieron dél dos lacayos ó palafreneros vestidos hasta en piés de unas ropas que llaman de levantar, de finísimo raso carmesí, y cogiendo á Don Quijote en brazos, sin ser oído ni visto, le dijeron:—Vaya la vuestra grandeza á apear á mi señora la Duquesa. Don Quijote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso; pero en efecto venció la porfia de la Duquesa, y no quiso decender ó bajar del palafren, sino en los brazos del Duque, diciendo que no se hallaba digna de dar á tan gran caballero tan inútil carga. En fin, salió el Duque á apearla, y al entrar en un gran patio llegaron dos hermosas doncellas y echaron sobre los hombros á Don Quijote un gran manton de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados y criadas de aquellos señores, diciendo á grandes voces:—Bien sea venido la flor y nata de los caballeros andantes, y todos ó los mas derramaban pomos de aguas olorosas sobre Don Quijote y sobre los Duques, de todo lo cual se admiraba Don Quijote, y aquel fué el primer día que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero y no fantástico, viéndose tratar del mesmo modo que él habia leído se trataban los tales caballeros en los pasados siglos. Sancho, desamparando al ru-



cio, se cosió con la Duquesa y se entró en el castillo, y remordiéndole la conciencia de que dejaba al jumento solo, se llegó á una reverenda dueña que con otras á recibir á la Duquesa habia salido, y con voz baja le dijo:—Señora Gonzalez, ó como es su gracia de vuesa merced. . . .—Doña Rodriguez de Grijalba me llamo, respondió la dueña: ¿qué es lo que mandais, hermano? A lo que respondió Sancho:—Querria que vuesa merced me la hiciese de salir á la puerta del castillo, donde hallará un asno rucio mio: vuesa merced sea servida de mandarle poner, ó ponerle en la caballeriza, porque el pobrecito es un poco medroso y no se hallará á estar solo en ninguna de las maneras.—Si tan discreto es el amo como el mozo, respondió la dueña, medradas estamos. Andad, hermano, mucho de enhoramala para vos y para quien acá os trujo, y tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas desta casa no estamos acostumbradas á semejantes haciendas.—Pues en verdad, respondió Sancho, que he oido decir á mi señor, que es zahorí de las historias, contando aquella de Lanzarote cuando de Bretaña vino, *que damas curaban dél y dueñas del su rocino*, y que en el particular de mi asno, que no le trocara yo con el rocín del señor Lanzarote.—Hermano, si sois juglar, replicó la dueña, guardad vuestras gracias para donde lo parezcan y se os paguen, que de mí no podreis llevar sino una higa.—Aun bien, respondió Sancho, que será bien madura, pues no perderá vuesa merced la quínola de sus años por punto menos.—Hijo de puta, dijo la dueña, toda ya encendida en cólera, si soy vieja ó no, á Dios daré la cuenta, que no á vos, bellaco, harto de ajos: y esto dijo en voz tan alta que lo oyó la Duquesa, y volviendo y viendo á la dueña tan alborotada y tan encarnizados los ojos, le preguntó con quien las habia.—Aquí las he, respondió la dueña, con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente que vaya á poner en la caballeriza un asno suyo que está á la puerta del castillo, trayéndome por ejemplo que así lo hicieron no sé donde, que unas damas curaron á un tal Lanzarote y unas dueñas á su rocino, y sobre todo por buen término me ha llamado vieja.—Eso tuviera yo por afrenta, respondió la Duquesa, mas que cuantas pudieran decirme, y hablando con Sancho le dijo:—Advertid, Sancho amigo, que Doña Rodriguez es muy moza, y que aquellas tocas mas las trae por autoridad y por la usanza que por los años.—Malos sean los que me quedan por vivir, respondió Sancho, si lo dije por tanto; solo lo dije, porque es tan grande el cariño que tengo á mi jumento, que me pareció que no po-

dia encomendarle á persona mas caritativa que á la señora Doña Rodriguez. Don Quijote que todo lo oia, le dijo:—¿Pláticas son estas, Sancho, para este lugar?—Señor, respondió Sancho, cada uno ha de hablar de su menester donde quiera que estuviere: aquí se me acordó del rucio, y aquí hablé dél, y si en la caballeriza se me acordara, allí hablara. A lo que dijo el Duque:—Sancho está muy en lo cierto, y no hay que culparle en nada: al rucio se le dará recado á pedir de boca, y descuide Sancho, que se le tratará como á su misma persona. Con estos razonamientos gustosos á todos, sino á Don Quijote, llegaron á lo alto, y entraron á Don Quijote en una sala adornada de telas riquísimas de oro y de brocado: seis doncellas le desarmaron y sirvieron de pages, todas industriadas y advertidas del Duque y de la Duquesa de lo que habian de hacer y de como habian de tratar á Don Quijote, para que imaginase y viese que le trataban como á caballero andante. Quedó Don Quijote despues de desarmado en sus estrechos gregüescos y en su jubon de camuzá, seco, alto, tendido, con las quijadas que por de dentro se besaba la una con la otra, figura que á no tener cuenta las doncellas que le servian, con disimular la risa (que fué una de las precisas órdenes que sus señores les habian dado) reventaran riendo. Pidiéronle que se dejase desnudar para ponerle una camisa; pero nunca lo consintió, diciendo que la honestidad parecia tan bien en los caballeros andantes como la valentía. Con todo, dijo, que diesen la camisa á Sancho; y encerrándose con él en una cuadra donde estaba un rico lecho, se desnudó y vistió la camisa, y viéndose solo con Sancho le dijo:—Dime, truhan moderno y majadero antiguo, ¿parecete bien deshonorar y afrentar á una dueña tan veneranda y tan digna de respeto como aquella? ¿Tiempos eran aquellos para acordarte del rucio? ¿Ó señores son estos para dejar mal pasar á las bestias, tratando tan elegantemente á sus dueños? Por quien Dios es, Sancho, que te reportes y que no descubras la hilaza, de manera que caigan en la cuenta de que eres de villana y grosera tela tegido. Mira, pecador de tí, que en tanto mas es tenido el señor, cuanto tiene mas honrados y bien nacidos criados, y que una de las ventajas mayores que llevan los príncipes á los demas hombres es, que se sirven de criados tan buenos como ellos. ¿No adviertes, angustiado de tí, y mal aventurado de mí, que si ven que tú eres un grosero villano, ó un mentecato gracioso, pensarán que yo soy algun echacuervos, ó algun caballero de mohatra? No, no, Sancho amigo: huye, huye de estos inconvenientes, que quien tro-

pieza en hablador y en gracioso, al primer puntapié cae y da en truhan desgraciado: enfrena la lengua, considera y rumia las palabras antes que te salgan de la boca, y advierte que hemos llegado á parte donde con el favor de Dios y valor de mi brazo hemos de salir mejorados en tercio y quinto en fama y en hacienda. Sancho le prometió con muchas veras de coserse la boca, ó morderse la lengua, antes de hablar palabra que no fuese muy á propósito y bien considerada como él se lo mandaba, y que descuidase acerca de lo tal, que nunca por él se descubriría quien ellos eran. Vistióse Don Quijote, púsose su tahalí con su espada, echóse el manton de escarlata á cuestras, púsose una montera de raso verde que las doncellas le dieron, y con este adorno salió á la gran sala adonde halló á las doncellas puestas en ala tantas á una parte como á otra, y todas con aderezo de darle agua manos, la cual le dieron con muchas reverencias y ceremonias. Luego llegaron doce pages con el maestresala para llevarle á comer, que ya los señores le aguardaban. Cogiéronle en medio, y lleno de pompa y magestad le llevaron á otra sala donde estaba puesta una rica mesa, con solos cuatro servicios. La Duquesa y el Duque salieron á la puerta de la sala á recibirle, y con ellos un grave eclesiástico, destos que gobiernan las casas de los príncipes, destos que como no nacen príncipes, no aciertan á enseñar cómo lo han de ser los que lo son, destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos, destos que queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables¹. Destos tales digo que debia de ser el grave religioso que con los Duques salió á recibir á Don Quijote. Hiciéronse mil cortesés comedimientos, y finalmente cogiendo á Don Quijote en medio, se fueron á sentar á la mesa. Convidó el Duque á Don Quijote con la cabecera de la mesa, y aunque él lo rehusó, las importunaciones del Duque fueron tantas, que la hubo de tomar. El eclesiástico se sentó frontero, y el Duque y la Duquesa á los dos lados. A todo estaba presente Sancho, embobado y atónito de ver la honra que á su señor aquellos príncipes le hacian, y viéndo las muchas ceremonias y ruegos que pasaron entre el Duque y Don Quijote para hacerle sentar á la cabecera de la mesa, dijo:—Si sus merce-

¹ Segun Don Vicente de los Rios, Cervantes aprovecha esta ocasion para sindicar á un eclesiástico comensal del Duque de Bejar, á quien dedicó la primera parte del Quijote. Pellicer procuró debilitar esta idea; mas el calor que el autor manifiesta en este pasage, da indicios de que el eclesiástico que en él figura no era persona imaginaria, sino real y verdadera.

des me dan licencia les contaré un cuento que pasó en mi pueblo acerca desto de los asientos. Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando Don Quijote tembló, creyendo sin duda alguna que habia de decir alguna necesidad. Miróle Sancho y entendióle, y dijo:—No tema vuesa merced, señor mio, que yo me desmande, ni que diga cosa que no venga muy á pelo, que no se me han olvidado los consejos que poco ha vuesa merced me dió sobre el hablar mucho ó poco, ó bien ó mal.—Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondió Don Quijote: dí lo que quisieres, como lo digas presto.—Pues lo que quiero decir, dijo Sancho, es tan verdad, que mi señor Don Quijote que está presente no me dejará mentir.—Por mí, replicó Don Quijote, miente tú, Sancho, cuanto quisieres, que yo no te iré á la mano, pero mira lo que vas á decir.—Tan mirado y remirado lo tengo, que á buen salvo está el que repita, como se verá por la obra.—Bien será, dijo Don Quijote, que vuestras grandezas manden echar de aquí á este tonto, que dirá mil patochadas.—Por vida del Duque, dijo la Duquesa, que no se ha de apartar de mí Sancho un punto: quiérole yo mucho, porque sé que es muy discreto.—Discretos dias, dijo Sancho, viva vuestra santidad por el buen crédito que de mí tiene, aunque en mí no lo haya; y el cuento que quiero decir es este:—Convidó un hidalgo de mi pueblo muy rico y principal, porque venia de los Alamos de Medina del Campo, que casó con Doña Mencia de Quiñones, que fué hija de Don Alonso de Marañon, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Heradura, por quien hubo aquella pendencia años ha en nuestro lugar, que á lo que entiendo mi señor Don Quijote se halló en ella, de donde salió herido Tomasillo el travieso, el hijo de Balvastro el herrero. ¿No es verdad todo esto, señor nuestro amo? Dígalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algun hablador mentiroso.—Hasta ahora, dijo el eclesiástico, mas os tengo por hablador que por mentiroso; pero de aquí adelante no sé por lo que os tendré.—Tú das tantos testigos, Sancho¹, y tantas señas, que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad: pasa adelante y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos dias.—No ha de acortar tal, dijo la Duquesa, por hacerme á mí placer, antes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis dias, que si tantos fuesen, serian para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida.—Digo, pues, señores mios, prosiguió

¹ Dijo Don Quijote.

Sancho, que este tal hidalgo, que yo conozco como á mis manos, porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta, convidó á un labrador pobre, pero honrado.—Adelante, hermano, dijo á esta sazón el religioso, que camino llevais de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo.—A menos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho: y así digo que llegando el tal labrador á casa del dicho hidalgo convidador, que buen poso haya su ánima, que ya es muerto: por mas señas dicen, que hizo una muerte de un ángel, que yo no me hallé presente; que habia ido por aquel tiempo á segar á Tembleque....—Por vida vuestra, hijo, que volvais presto de Tembleque, y que sin enterrar al Hidalgo, si no quereis hacer mas ecsequias, acabeis vuestro cuento.—Es, pues, el caso, replicó Sancho, que estando los dos para asentarse á la mesa, que parece que ahora los veo mas que nunca.... Gran gusto recibian los Duques del disgusto que mostraba tomar el buen religioso de la dilacion y pausas con que Sancho contaba su cuento, y Don Quijote se estaba consumiendo en cólera y en rabia.—Digo así, dijo Sancho, que estando, como he dicho, los dos para sentarse á la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabezera de la mesa, y el hidalgo porfiaba tambien que el labrador la tomase, porque en su casa se habia de hacer lo que él mandase; pero el labrador que presumia de cortés y bien criado, jamas quiso, hasta que el hidalgo mohino, poniéndole ambas manos sobre los hombros le hizo sentar por fuerza, diciéndole:—Sentaos, majagranzas, que adonde quiera que yo me siente será vuestra cabezera; y este es el cuento, y en verdad que creo que no ha sido aquí traído fuera de propósito. Púsose Don Quijote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban y se le parecian. Los señores disimularon la risa, porque Don Quijote no acabase de correrse, habiendo entendido la malicia de Sancho, y por mudar de plática y hacer que Sancho no prosiguiese con otros disparates, preguntó la Duquesa á Don Quijote que qué nuevas tenia de la señora Dulcinea, y que si le habia enviado aquellos dias algunos presentes de gigantes ó malandrines, pues no podia dejar de haber vencido muchos. A lo que Don Quijote respondió:—Señora mia, mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendrán fin. Gigantes he vencido, y follones y malandrines le he enviado: ¿pero adónde la habian de hallar, si está encantada y vuelta en la mas fea labradora que imaginarse puede?—No sé, dijo Sancho Panza: á mí me parece la mas hermosa criatura del mundo, á lo menos en la ligere-

za y en el brincar bien sé yo que no dará ella la ventaja á un volteador: á buena fé, señora Duquesa, así salta desde el suelo sobre una borrica, como si fuera un gato.—¿Habeisla visto vos encantada, Sancho? preguntó el Duque.—Y cómo sí la he visto, respondió Sancho, ¿pues quién diablos sino yo fué el primero que cayó en el achaque del encantorio? tan encantada está como mi padre. El eclesiástico que oyó decir de gigantes, de follones y de encantos, cayó en la cuenta de que aquel debia de ser Don Quijote de la Mancha, cuya historia leía el Duque de ordinario, y él se lo habia reprendido muchas veces, diciéndole que era disparate leer tales disparates, y enterándose ser verdad lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el Duque, le dijo:—Vuestra escelencia, señor mio, tiene que dar cuenta á Nuestro Señor, de lo que hace este buen hombre. Este Don Quijote, ó Don tonto, ó como se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como vuestra escelencia quiere que sea, dándole ocasiones á la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades. Y volviendo la plática á Don Quijote le dijo:—Y á vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante, y que venceis gigantes y prendéis malandrines? Andad en hora buena y en tal se os diga: volved á vuestra casa y criad vuestros hijos si los teneis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo papando viento y dando que reir á cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde nora tal habeis vos hallado, que hubo, ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España, ó malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan? Atento estuvo Don Quijote á las razones de aquel venerable varon, y viendo que ya callaba, sin guardar respeto á los Duques, con semblante airado y alborotado rostro, se puso en pié y dijo.... Pero esta respuesta capítulo por sí merece.

